

La educación en debate #68

Suplemento

marzo
2019

 Universidad
Pedagógica
Nacional

¿Qué pasa con el lenguaje inclusivo en la escuela?

por Diego Herrera*

“ Hay estudiantes que me han preguntado si pueden utilizar el lenguaje inclusivo en las evaluaciones, porque en otras materias les descontaron puntos por usarlo o se lo marcaron como un error” cuenta Juliana Sosa, profesora en Lengua y Literatura en el Instituto Aukan (una escuela laica de gestión privada ubicada en Lanús que no recibe subvención del Estado) y en el Instituto Inmaculada Concepción de Lomas de Zamora (una escuela confesional con el cien por ciento de subvención).

Sosa comparte la conversación con dos amigas que, en 2015, egresaron junto con ella del Instituto Superior del Profesorado “Joaquín V. González”. Leila Simsolo se sorprende con la anécdota de su colega e interrumpe sin muchos preludeos: “Es muy llamativo eso que contás. En general, predomina el lugar común de que la escritura es algo de lo que se ocupa la profesora de Lengua... Salvo cuando aparece la *e*. Las comas no se revisan, la trama del texto tampoco, pero el lenguaje no binario sí”. Simsolo es docente en el Colegio Nacional Buenos Aires (CNBA), en el Bachillerato con Orientación Artística para Adultos N° 1 del barrio porteño de Almagro y en el Instituto Superior de Formación Docente N° 1 de Avellaneda.

La tercera de las amigas se llama Samantha Moll, docente en la Escuela Técnica N° 19 “Alejandro Volta” del barrio porteño de San Nicolás y en el Instituto Nuestra Señora de Fátima de Villa Soldati (una escuela confesional con salarios docentes subvencionados por el Estado). “En las dos escuelas en que trabajo les pibis sí usan el inclusivo. Algunes, no todes”, dice. La proporción de quienes lo usan, cuenta, es baja –un 10%– y son las mujeres las que lo adoptan mayoritariamente. Además, observa, suele aparecer en el discurso escrito y rara vez en la oralidad.

Cuando a mediados de 2018 se extendieron las tomas de escuelas secundarias de la Ciudad de Buenos Aires en reclamo por el aborto legal, la presidenta del Centro de Estudiantes del Carlos Pellegrini, Natalia Mira, amplificó la fuerza de sus argumentos mediante el uso del lenguaje no binario en las entrevistas que le hicieron distintos medios de comunicación: “Hay poques diptutades que están indecises, y queremos demostrarles que a nosotres no nos va a pasar por el lado que decidan que sigan muriendo mujeres o decidan frenar eso y legalizar el aborto”.

El problema de la exclusión de las mujeres y de las identidades de género no binarias que tantas personas perciben en el masculino no marcado no es nuevo. ¿Por qué *todos* incluye a todas y al colectivo de quienes no se reconocen ni varones ni mujeres? Sin embargo, fueron estudiantes del nivel secundario quienes masificaron el desacuerdo. A partir de entonces, el lenguaje no binario pasó de identificar a grupos más pequeños de tenaces militantes feministas y LGBTIQ+ a ser –junto con los pañuelos– el símbolo de la ola verde que, a simple golpe de vista, se apreciaba como una multitud de mujeres muy jóvenes que cantaban “Ahora que estamos todes el patriarcado se va a caer”.

Este nuevo impulso de la transgresión de la gramática consagrada por la Real Academia Española (RAE) enseguida intentó ser deslegitimado y parodiado. Así, se observó apenas como una moda adolescente, pero también quedó muy identificado con la lucha por el aborto legal, así como el *todos* y *todas* había quedado asociado a la retórica kirchnerista. A esto se sumó otra preocupación para los sectores más conservadores: la bomba del lenguaje no binario había detonado en el corazón de la educación obligatoria, en la voz de estudiantes que hablaban en representación de sus pa-

res organizados en las escuelas. En la cruzada *anti e* confluyeron el conservadurismo lingüístico y el social, que se expresó en el temor ante la avanzada de una educación sexual feminista o a lo que comenzaron a llamar “ideología de género”.

Paulo Freire, un pionero

En el terreno educativo latinoamericano, ya en 1992 Paulo Freire había dejado un claro testimonio de ello en *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Entre 1967 y 1968, el pedagogo brasileño había escrito su obra más reconocida, *Pedagogía del oprimido*. A comienzos de los setenta, cuenta, muchísimas mujeres de distintos lugares de Estados Unidos comenzaron a escribirle cartas para reclamarle por su uso del lenguaje machista. En un primer momento, el autor rechazó esas críticas (“Repetí lo que me habían enseñado en mi infancia: ‘Pero cuando digo *hombre*, la mujer está necesariamente incluida”); luego, inició una reflexión sobre su propia escritura: “Desde entonces me refiero siempre a *mujer y hombre*, o a los seres humanos. A veces prefiero afejar la frase para hacer explícito mi rechazo al lenguaje machista”.

La paráfrasis distributiva –optar, por ejemplo, por “los y las adolescentes”– fue la primera alternativa para que las mujeres no quedaran escondidas bajo el plural masculino, para que el lenguaje se percibiera inclusivo. La situación se complejizó cuando se tomó conciencia de que las identidades de género no binarias quedaban afuera y, entonces, la *x* (*lxs*) y la *@* (*l@s*) fueron variantes bastante utilizadas en correos electrónicos (*Estimadx*s, *Estimad@s*) y, luego, en las redes sociales. El problema es que estas opciones no servían para la oralidad: de allí la irrupción de la *e* que, junto a la *equis* y la *arroba*, se presentan como al-

ternativas aun más inclusivas que la paráfrasis porque son no binarias.

Además de los estudiantes, también hay docentes que llevan el lenguaje no binario a las aulas. La idea de que se trata apenas de otra moda de una nueva temporada lingüística adolescente no alcanza para explicar el fenómeno. “Desde la Dirección del Departamento de Castellano del CNBA nos presentaron un *dosier* con noticias sobre lenguaje inclusivo para incorporar en el programa. Yo lo usé para trabajar la argumentación”, cuenta Simsolo. Y agrega: “Tengo una alumna que el año pasado fue al Encuentro Nacional de Mujeres y me dijo que iba a escribir el mejor texto de su vida. Esta chica, que estaba tan entusiasmada, tenía muchas ganas de estudiar para sostener su postura en clase. Corro con la ventaja de que en esa escuela saben latín y podemos ir hacia las bases lingüísticas”. Además, cuenta la docente, el lenguaje no binario entra a sus clases cada vez que representantes del Centro de Estudiantes pasan por las aulas para hacer algún aviso. En el Instituto Superior de Formación Docente N° 1, Simsolo está al frente de la materia Historia de la lengua española: “La última unidad fue sobre lenguaje no binario y llevé varios textos sobre el tema para que pudiéramos debatirlos en clase”.

“En la oralidad a veces uso el lenguaje no binario en clase. Cuando escribo, me inclino por la paráfrasis”, comenta Sosa. La discusión sobre el lenguaje, sin embargo, atraviesa las prácticas de la docente. “Una vez –recuerda– un grupo de estudiantes (eran todas mujeres) estaba leyendo en voz alta sus monografías para que sus pares les hicieran comentarios y correcciones. Me llamó mucho la atención que un grupo mixto hizo una corrección porque las chicas que estaban leyendo usaban el *nosotros*. Les dijeron ‘¿por qué dicen *nosotros* todo el tiempo si son todas mujeres? ¿Por qué no pusieron *nosotras*?’”.

El colegio católico en que trabaja Sosa se vio conmocionado cuando se debatía el proyecto de ley para legalizar la interrupción voluntaria del embarazo: “Cuando se dio la media sanción en la Cámara de Diputados, las chicas hicieron una manifestación en el patio, se pusieron a cantar y a festejar. El video se viralizó y por las redes sociales salieron a decir que el colegio estaba tomado por feministas”. Esta situación afectó la sensibilidad de un número de docentes históricos de la institución y llevó a que el debate sobre el lenguaje tuviera aun más presencia en las →



Eduardo Satiere, *Multitudes*, 2018 (fragmento, gentileza Henrique Faria Buenos Aires)

→ aulas. “El argumento contra el lenguaje inclusivo se apoya en lo que dice la Real Academia Española. Que lleven esa institución a mis clases viene muy bien para reflexionar que, de alguna manera, seguimos funcionando como colonia lingüística”, sostiene Sosa.

“En el aula –dice Moll– uso el lenguaje no binario cada vez que escribo. Uso la *e* hasta en las consignas. De hecho, en mi clase, una alumna sacó una foto del pizarrón, la subió a Instagram y escribió: ‘Cuando la profe la tiene súper clara y te enseña todo el tiempo’”. A continuación, la docente agrega: “Me parece que es una cuestión política más que lingüística. Tiene que ver con visibilizar que no podemos seguir usando un lenguaje binario. Que existen otros géneros que quedan afuera”.

A veces, la resistencia puede llegar de parte del estudiantado. Cuenta Moll: “Me han dicho ‘ahí va una *o*, no la *e*’. Es una postura de desafío. Cuando pasa esto yo les digo que pueden poner lo que quieran, pero que yo escribo así”. Con las autoridades de la escuela técnica en la que Moll trabaja también hubo algunos intercambios al respecto: “Vino el director a decirme que una mamá había ido a quejarse por el uso del lenguaje inclusivo de una docente. Me dijo que iba a llamar a Supervisión para saber cómo proceder, pero finalmente no pasó nada”.

La RAE y el poder

A fines de noviembre de 2018, la RAE volvió a sentar posición sobre el lenguaje no binario y rechazó el uso de la *x*, la *@* y la *e*. Su argumento es que el masculino funciona como el género no marcado y puede abarcar al femenino (no

se pronunció sobre otras identidades de género). También desaconsejó la paráfrasis distributiva por considerarla una duplicación innecesaria. En el mismo acto, recomendó a toda la comunidad de hablantes del castellano que usara *yutubero* y *wasap*. Pese a que no hay ninguna razón para que los hablantes, los Estados o los Ministerios se vean obligados a aceptar los pronunciamientos de la RAE, resulta evidente que la entidad española fundada en 1713 sigue siendo efectiva a la hora de legitimar o estigmatizar usos lingüísticos. En ese sentido, puede entenderse la nota oficial interna N° 28/2018 emitida por la Dirección de Nivel Secundario del Ministerio de Educación de la Provincia de Corrientes que, amparándose en los mismos argumentos de la RAE, descartó la incorporación del lenguaje inclusivo o no binario como eje temático para su abordaje dentro de las aulas.

La injerencia de la RAE en los hábitos lingüísticos de las distintas comunidades de hablantes que utilizan el castellano puede llevar, en los casos más extremos, a justificar represalias bastante severas sobre quienes se desvían de la norma. Así, en septiembre del año pasado, un maestro de La Plata denunció haber sido expulsado de una escuela católica por usar lenguaje no binario. Otra maestra correntina fue víctima de una especie de escrache en las redes sociales por escribir “bienvenidos” en el pizarrón. Por Facebook, Twitter e Instagram circularon muchas protestas de docentes a quienes les “bajaron línea” para que no usaran la *e* donde la norma no lo permite.

Simsolo es muy crítica del rol asumido por la RAE: “Se supone que solamente

registra los usos, pero, a su vez, comunica por Twitter que la paráfrasis distributiva es innecesaria, engorrosa, incómoda”. Y reflexiona: “Hay palabras terriblemente violentas, como *trololo*, que no están registradas en el diccionario de la RAE y, sin embargo, jamás escuché que se le dijera a un pibe que no la usara porque no está en el diccionario”. Por otra parte, advierte que es un error pensar que los únicos que pueden hablar del lenguaje son los lingüistas: “Los argumentos que se brindan no suelen ser lingüísticos sino ideológicos. En la conversación falta incluir a la Sociología, la Filosofía y la Antropología”.

“Me parece que también hay que poner la lupa en las redes de poder que funcionan hacia dentro de las instituciones –opina Sosa–. Para quienes trabajamos en el ámbito privado, el temor a sufrir represalias por usar el lenguaje no binario está mucho más presente que en las escuelas públicas.” No obstante, como indica Moll, hay otras instituciones de gestión privada, incluso confesionales, que están abiertas al disenso: “En el Instituto Nuestra Señora de Fátima trabaja una docente de género fluido (una persona que no se identifica con una sola identidad sexual y circula entre varias). Por otra parte, si bien la escuela fijó su posición en contra de la legalización del aborto, permite que podamos opinar lo contrario y hasta llevar pañuelo verde”.

Que la única constante en el lenguaje es el cambio parece algo con lo que acuerda la comunidad científica. Poco les importa a los y las hablantes si alguna novedad lingüística está reñida con el origen latino de un morfema: las lenguas están plagadas de malentendidos y falsas etimologías. Cuando se prefiere la *presiden-*

ta y no la *presidente*, cuando se dice *el modisto* y no *el modista*, cuando se impone la *sirvienta* en lugar de *la sirvienta*, de nada sirven los arduos rastreos de una morfología originaria. Si se producen este tipo de cambios, es muy posible pensar que se debe a que las representaciones asociadas a palabras como *presidente*, *modisto* o *sirvienta* no satisfacen a la comunidad de hablantes a la hora de señalar los referentes del mundo en un determinado momento histórico. Si, por ejemplo, nadie necesita decir *periodista* para referirse a un hombre que conduce un noticiero es porque la palabra *periodista* está suficientemente asociada a varones que ejercen el periodismo. Por razones similares no existen hablantes que consideren necesario decir *poeta*, *deportista* o *taxista*.

La irrupción del lenguaje no binario en las aulas ofreció una posibilidad inédita para quienes se dedican a la ríspida enseñanza de la gramática. La dificultad para lograr la reflexión sobre la propia lengua es una preocupación que ha llenado páginas y páginas de reflexión didáctica. Como con un golpe de varita mágica, el debate abierto generó un apasionamiento por desarmar la maquinaria de la lengua y observar todos sus resortes. Dice Simsolo: “Me parece que está bueno ofrecer en clase algunos datos duros, inopinables. Cuando hablamos de la historia del castellano, por ejemplo, explico que, en latín, la mayoría de los sustantivos de la primera declinación son femeninos, salvo tres o cuatro que son masculinos y terminan en *a*, porque claramente no había mujeres poetas, no había mujeres marineras”. En Villa Soldati, Samanta Moll trabaja con una amplia población de migrantes acostumbrada al leísmo. Así, por ejemplo, una oración como “Le vi ayer por la tarde” puede sonar muy natural entre su estudiantado, por más de que rechace el lenguaje no binario. “Me di cuenta que el leísmo es re inclusivo”, bromea Moll.

Pero, definitivamente, el mayor aporte de la *e* intrusa lo recibe la disputa política más que la lingüística. “Una estudiante del Profesorado de Avellaneda en el que trabajo me decía algo muy interesante –plantea Simsolo–. Ella sostenía que el lenguaje inclusivo también puede servir para enmascarar y que no estaba segura de que cambiar palabras implicara un cambio genuino de mentalidad. Puede compararse con el militante que lleva un pañuelo verde y es súper machista.” Moll, por lo pronto, considera que el cambio en el lenguaje sirve para visibilizar a una porción de la población que de otra forma quedaría excluida: “Después podemos discutir si eso tiene un efecto en la realidad”. Para Sosa, el extrañamiento que produce una palabra como *nosotres* nos ayuda a entender que podemos hacer un uso político del lenguaje.

Aunque se lo use paródicamente, aunque se descalifique a sus hablantes, aunque se lo prohíba porque la RAE no lo acepta, parece difícil que el lenguaje no binario permanezca ajeno a las conversaciones cotidianas de alguna escuela del país. Entre quienes exigen ser nombrados como *chiques* y quienes no quieren serlo, las personas que trabajan en las escuelas deberán buscar la manera de no imponerle vocativos a nadie. Si bien es difícil prever si algunas de las nuevas variantes pasarán a formar parte del universo de los cambios lingüísticos consumados, lo cierto es que, mientras tanto, cada *e* que tensiona la norma lingüística también subraya las violencias de la sociedad patriarcal. ■

SANTIAGO KALINOWSKI, MIEMBRO DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

“Es una herramienta pedagógica fantástica”

Además de ser doctor en Letras, Santiago Kalinowski es un miembro de la Academia Argentina de Letras (dirige el Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas) que no condena el uso del lenguaje inclusivo. “Por esa postura mucha gente me agrade en las redes sociales –dice–. Esto no sucede porque exista un amor por la conservación de las formas lingüísticas, sino porque molesta el reclamo que viene detrás del lenguaje inclusivo. Hay un pedido de censura de la voz del otro.”

¿Qué alcance tiene el fenómeno del lenguaje inclusivo o no binario?

No se trata de un cambio lingüístico en el sentido tradicional. Los cambios lingüísticos, especialmente los que son gramaticales como este, nunca se dan por decisión de un grupo. Ahora, al estar ligado a un reclamo político, social y cultural, este fenómeno es más bien retórico y su lógica principal es conseguir un efecto en un auditorio. En ese sentido, se trata de la configuración discursiva de una lucha política que se pone explícitamente por fuera de las reglas del sistema lingüístico para denunciar una situación de injusticia. Ese ponerse afuera constituye también una denuncia respecto de la gramática, bajo la hipótesis de que codifica sexismo. El lenguaje inclusivo no pretende convertirse en gramática; su pretensión es cambiar la realidad. Decir que el inclusivo es retórico no es quitarle relevancia.

¿Puede predecirse si ese fenómeno retórico va a trasladarse a la gramática?

Considero que no hay que hacer futurología en lenguas. Los hablantes hacen lo que quieren. Se trata de un proceso que viene desde hace mucho. Hay antecedentes documentados, como en la Constitución de Venezuela de 1999. El debate es incluso anterior, pero estamos en un momento de mayor intensidad y eso lo hace mucho más visible. Eso pasa también porque en la escena local lo empezaron a usar los adolescentes. Como siempre, sobre el adolescente recae el estigma de que la forma de hablar que tiene está mal. Pero no fueron los adolescentes quienes crearon este recurso. El inglés, el alemán, el francés tienen el mismo problema. Es un fenómeno global y uno de los temas centrales del presente.

Ahora que hay una persona con un DNI que no la identifica ni como masculina ni como femenina, ¿se redimensiona el uso del lenguaje no binario?

Ahí está el problema. En español, por ahora, es un debate motorizado por las organizaciones de mujeres.

En otras lenguas, suena más fuerte la voz de la comunidad de personas con sexualidad no binaria. Aquí, en mi opinión, faltan voces académicas, en el sistema político y en el periodismo de personas que no se identifiquen con las sexualidades binarias. Es muy importante que las personas que no se identifican como hombre o como mujer tengan una manera de nominarse a sí mismas.

Puede argumentarse que el masculino plural funciona como nombre no marcado, pero en el caso del singular hay un problema con la referencia: hay alguien en el mundo a quien el sistema binario de pronombres no se refiere.

Puede ser. Está adquiriendo entidad y visibilidad una realidad que antes no estaba incorporada en el sistema de ideas. No tenía su propia categoría, no tenía sus palabras. En ese sentido, hay una diferencia y no puede decirse que el masculino es inclusivo.

¿Qué pasa cuando el lenguaje no binario entra a la escuela?

Pasa de todo. Hay tensiones. Objetivamente no hay ninguna razón que permita decir “no se puede usar”. En la escuela, se usa por muchas razones. Primero, sube de los estudiantes que, me parece, lo toman como un estandarte para formar parte de los debates del presente y protagonizar una lucha que es muy intensa. También aparece cuando lo introducen los docentes. Muchos padres y madres van a estar entusiasmados con el hecho de que se use en el aula; otros van a estar horrorizados. Me parece que subsiste la idea de que los niños son una especie de vasija que cualquiera llena. Hay una subestimación casi violenta del sujeto estudiante y esa idea anima reacciones muy virulentas. La escuela argentina prohibió el voseo durante generaciones. Este caso sirve para entender que no se puede imponer cualquier uso lingüístico solamente porque está en la escuela. Lo único que van a lograr, al suprimir el inclusivo de la escuela, es que los alumnos carezcan de los espacios de reflexión acerca del fenómeno y que queden por fuera de uno de los debates más relevantes del presente.

¿Se puede usar como pretexto para enseñar gramática?

Como herramienta pedagógica es fantástica. Porque, primero, tenés a los alumnos motivadísimos con eso. Se dan las condiciones para hablar de morfemas, de formación de palabras, de raíz y vocal desinencial. Como herramienta pedagógica es muy útil. ■

D.H.

ESTRELLA MARTÍNEZ, INSPECTORA

Un cambio progresivo

“Conquistar los símbolos es consolidar el territorio de los derechos”, opina Estrella Martínez, inspectora regional de educación técnica de la Provincia de Buenos Aires. Bajo su supervisión, se encuentran 12 escuelas técnicas y 18 centros de formación profesional de los municipios de Hurlingham, Tres de Febrero y San Martín. Martínez tiene 26 años de trayectoria docente: en el nivel primario se desempeñó como maestra y, en la escuela media, fue preceptora, profesora y formó parte de distintos equipos de conducción.

“Una de las indicaciones que di apenas asumí –relata la inspectora– es que se empezara a nombrar a las estudiantes de las escuelas técnicas. El hecho de que en estas instituciones las chicas representen un porcentaje minoritario hace que no hayan sido visibilizadas. No son nombradas en la escuela: se las saluda en masculino.” También destaca que en el 2015, desde la Dirección Provincial de Educación Secundaria, se emitió una circular que exigía que los estados administrativos de las escuelas (registros de asistencia y calificación, libros de actas, etc.) dejaran de nombrar primero a los varones y luego a las mujeres. En cambio, los apellidos pasarían a ordenarse alfabéticamente para evitar una jerarquización que reproduce la desigualdad de género. “Este primer paso está conquistado en las escuelas con las que trabajo, pero aún falta avanzar en el terreno del lenguaje”, afirma Martínez.

Para la inspectora, “es necesario incluir a las mujeres en el lenguaje desde pequeñas, visibilizarlas, nombrarlas. Eso significa empoderarlas, darles un espacio en lo simbólico y en lo concreto”. Desde su perspectiva, el lenguaje inclusivo “es necesario en términos de ampliación de derechos”. Martínez reconoce que la posibilidad de incluir en el lenguaje a las identidades de género disidentes aún es difícil en el ámbito en que ella se desempeña y que ese cambio va a requerir más tiempo: “Me parece que socialmente aún no se logró saldar ese debate. Mi objetivo para el 2019 es incluir a las chicas en el lenguaje de la escuela secundaria técnica. Esto ya representaría todo un avance”. Y agrega: “Creo que el *les* va a venir después (o no). Si forzamos su uso, corremos el riesgo de que haya una reacción que pretenda volver a instalar que en el *los* entramos todos, todas y todas las identidades de género disidentes”.

Martínez opta –por ahora– por la perífrasis distributiva (*las* y *los*, *todas* y *todos*) y por seleccionar sustantivos que se perciban co-

mo inclusivos (*estudiantes, personas*): “En los discursos públicos, hay quienes asocian mi forma de hablar con una cuestión partidaria, porque precisamente desconocen que la lucha de la mujer por ser visibilizada es bien anterior al momento en que la ex presidenta (Cristina Fernández de Kirchner) comenzó a decir ‘todos y todas’”. Sin embargo, en los discursos de apertura de los parlamentos juveniles la inspectora comenzó a experimentar con la *e* para evitar los binarismos: “En esa instancia sí la uso porque allí hay mayor viabilidad para hacerlo. Los pibes y las pibas se ven reconocidos en ese ámbito simbólico y les genera mucha alegría. Pero creo que es un espacio a conquistar. Por ahora son los y las jóvenes más comprometidos con la realidad social los que traen a escena el lenguaje no binario. Todavía no son la mayoría”.

También hay docentes que comienzan a llevar el lenguaje no binario a las aulas y esto suele provocar algunas tensiones que pueden requerir la intervención de los equipos de conducción y de las supervisiones. “Hemos tenido una situación con una profesora de Literatura de primer año que utilizaba el lenguaje inclusivo con la *e* en sus textos y en sus trabajos áulicos –relata Martínez–. Esto generó la inquietud de los padres, porque planteaban que a los chicos se les complicaba la comprensión.” En este sentido, para la inspectora no puede perderse de vista que la comprensión es un elemento básico con el que trabaja la escuela: “Todavía está en discusión a quiénes incluye la *e* y qué significa. Es un campo por conquistar y definir colectivamente que después habrá que legitimar”. Siguiendo ese razonamiento, considera recomendable que el trabajo en el aula con el lenguaje no binario (sea con *e*, con *x* o con *@*) forme parte de un proceso paulatino y apuntalado por algunas actividades puntuales.

El trabajo con los centros de formación profesional tampoco es sencillo en materia de equidad de género. “El año pasado –relata–, cuando estaba firmando los certificados, me di cuenta de que las titulaciones siguen colocándose en masculino (panadero Julia González) y pedí que los rectificaran”. Y concluye: “Es un campo por conquistar y hay que seguir trabajando de manera progresiva para que los cambios se consoliden. De a poco la sociedad va amasando estas cuestiones que son totalmente políticas y también implican una ruptura del lenguaje”. ■

D.H.

PAULA LABEUR, PROFESORA

Sirve para instalar la ESI

Una estudiante del Profesorado en Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) hacía su residencia en el 4º año de una escuela agrotécnica de Quilmes. Estaban leyendo *La casa de Bernarda Alba*, la célebre obra de Federico García Lorca en la que todos los personajes en escena son mujeres: Bernarda, sus cinco hijas y la criada Poncia. La residente, que dividió la clase en varios grupos, pidió que se eligiera un acto y se lo reescribiera como si los hechos sucedieran en la actualidad. Uno de los grupos transformó a Adela, la hija rebelde que se enamora del prometido de su hermana Angustias, en una militante feminista que se practicó un aborto clandestino y se expresa en lenguaje no binario.

La escena la narra Paula Labeur, profesora adjunta de Didáctica Especial en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), de la Licenciatura y del Profesorado en Letras de la Universidad Pedagógica Nacional (UNPE) y del Profesorado de Lengua y Literatura del Instituto de Enseñanza Superior (IES) N° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo”. “El lenguaje no binario –observa Labeur– está puesto en términos de la construcción del personaje. Hay un aprovechamiento estético de una discusión actual sobre el lenguaje.”

¿Qué nivel de penetración social tiene el lenguaje inclusivo o no binario?

Yo lo uso para escribir. Uso la *x*. *Todos* y *todas* es una reformulación no sexista pero ahora es necesario pasar a lo no binario; usar la *x* o la *e*. Me parece que vamos a estar viendo qué penetración social tiene el fenómeno. Una va a las marchas, por ejemplo, y percibe que se está usando. Me parece que es algo extendido que no se reduce a una clase social. Veo algunas pibas –mujeres más que varones– que lo usan con una natu-

ralidad envidiable. En el IES N° 1 tengo alumnas que hace dos años no hablaban así y ahora lo hacen con una soltura absoluta y sin equivocarse.

¿En qué contextos lo usan?

Cuando escriben y cuando hablan en clase.

¿Y en la conversación cara a cara?

Cuando hablo con ellas fuera de la clase, también hablan así. Son chicas de veintipico. Tomaron la opción por la *e*. Se presentan dificultades con algunas palabras e incluso circulan instructivos. Decir *les pibes* parece no funcionar, ¿digo *les pibis*? Aparecen en los textos cosas como *les xadres*, para referirse a padres y madres. No sé cuán instalado está, pero cerca de un 10% de mis alumnas lo usa.

A la hora de hacer la residencia en las escuelas, ¿también hablan así en sus clases?

Hay dos chicas del IES N° 1 que hablan así cuando hicieron su residencia en una escuela pública de Palermo. No tuvieron ningún problema. Incluso, se encontraron con pibes y pibas que también escriben así. Obviamente, admitieron las dos maneras de escribir. Como parte de su planificación, propusieron la escritura de un anuario a partir de hechos políticos significativos del año y de las propias experiencias de los estudiantes. En el anuario, apareció el lenguaje inclusivo.

¿El lenguaje no binario sirve para instalar la Educación Sexual Integral (ESI) en el área de Lengua?

Sí. Cuando empezás a pensar cómo funciona la lengua, aparecen visibilizados un montón de nudos centrales de la ESI. Todavía no hay mucho material desarrollado sobre lenguaje no binario, pero en cuanto se piensa el problema aparece la ESI. No puede no aparecer. Esto sucede porque las categorías gramaticales pasan a discutirse en términos de organización del mundo. Yo creo que en cuanto aparece este tema en la escuela, los que estaban con el celular, hablando entre ellos o tirándose patadas por debajo del banco, se suman automáticamente a una discusión que los interpela. Es una vuelta de tuerca más en el dominio del lenguaje. ■

D.H.

UNA EXPERIENCIA DE EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL EN EL LICEO N° 9

Mozart y el lenguaje no binario

En la sala de lectura del Liceo N° 9 de Belgrano, una docena de estudiantes de segundo año se sientan en ronda sobre almohadones. Se preparan para hablar de una ópera de Mozart que adaptaron junto a dos docentes. Aunque, a priori, parezca que no tiene nada que ver con la propuesta musical, en la conversación se cruza el debate sobre el lenguaje inclusivo.

El profesor de Música de la escuela, Nicolás Ravelli, le contó a Marina Beresniak, profesora de Lengua y Literatura, que había viajado a Lima para dirigir *Così fan tutte*, la ópera que trata de dos amigos que quieren demostrar que sus esposas serían incapaces de “engañarlos” con otros hombres. “A partir de ese argumento pueden tratarse temas de educación sexual integral, como los estereotipos de género”, sugirió Ravelli. Formaron parte del proyecto 150 estudiantes de las seis secciones de 2º año, quienes se encargaron de que un grupo de instrumentistas y cantantes profesionales presentaran el espectáculo en el Liceo. Si bien la ópera fue cantada en italiano, los sobretitulados que se proyectan para que el público comprenda el argumento fueron traducidos al español rioplatense e incluyeron lenguaje no binario. “El coro del que formé parte –relata la estudiante Victoria Aguilera– llevaba un cartel que decía ‘Egresades 2018’”. “Entre todos los estudiantes decidimos realizar la ópera como si pasara dentro del colegio. Adaptamos los personajes para que fueran estudiantes y egresados”, explica Benjamín Álvarez.

Pero, además de personajes, en la escuela también hay personas que eligen expresarse en lenguaje no binario. “Un compañero de mi curso y yo lo usamos en el aula y una profesora siempre nos dice que hablemos bien”, cuenta Aguilera. Otra estudiante, Violeta Diéguez, analiza el fenómeno: “Me parece que el lenguaje inclusi-

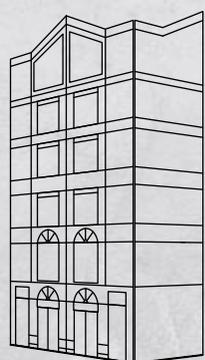
vo está bueno para aquellas personas que no se sienten hombre ni mujer. Aunque es una manera de incluir, hay otras cosas que van antes. Alguien puede decir *todes*, pero en otros ámbitos seguir segregando y marcando diferencias”. Álvarez dice que en un momento utilizó el lenguaje no binario, pero que después se dio cuenta de que “no hace falta modificar el lenguaje sino el significado que las palabras tienen o el uso que les damos”. Y se queja: “En las asambleas se valora más a una persona que habla lenguaje inclusivo”.

Quien decide emplear lenguaje no binario muchas veces debe decidir en qué ámbitos no es conveniente hacerlo. Para la alumna Noel Fernández, “en algunos ámbitos de la escuela puede usarse con más libertad. Pero a algunos profesores no vamos a hablarles con lenguaje inclusivo”. De acuerdo con Francisco Bas, “más que con los profesores, se usa entre los alumnos. Cuando hay una asamblea o una cosa así siempre *todes* lo usan”. Sin embargo, hay estudiantes que dicen haber usado lenguaje inclusivo hasta en evaluaciones.

Cassandra Ragusa, otra estudiante de 14 años, retoma el debate que abrieron Diéguez y Álvarez: “Hay gente que dice que se tiene que cambiar el significado de las palabras que ya se usan, pero hay palabras que realmente les duelen a quienes no se sienten incluidos. El lenguaje inclusivo llega a ser como una expresión política para decir ‘yo existo, estoy acá y también soy válida’”. Aguilera apoya a su compañera: “Creo que muchos tienen miedo a lo nuevo, y ante ese miedo actúan de manera agresiva. A mi mamá no le gusta y yo lo uso igual. Le digo que no me escuche si no le gusta cómo hablo”.

Ragusa también reflexiona sobre cómo dirigirse a una persona que no se identifica como varón ni como mujer: “Si no conocés a alguien, no cuesta nada preguntarle cómo quiere que le trates. Que no utilices el lenguaje inclusivo en el plural es distinto, pero si una persona te pidió que le trates así, para mí deberías hacerlo”. Y observa: “Me han dicho, como crítica, que queremos deformar todo, empezar a abortar, cambiar el lenguaje y que todos seamos homosexuales”. Julieta López, que hasta el momento no había hablado, afirma: “Somos una generación bastante revolucionaria y que quiere cambiar las cosas. Y queremos demostrarlo ya sea en las marchas, en la ópera o en la escuela”. ■

D.H.



Nueva Sede Metropolitana UNPE

Piedras 1080, CABA



Universidad
Pedagógica
Nacional

La nueva sede metropolitana de la UNPE representa un importante paso en la promoción del acceso a la formación universitaria. El edificio se destaca por su refuncionalización y su adecuación a las últimas tendencias en materia de infraestructura, entre otras cosas, cuenta con:

- DISEÑO BIOCLIMÁTICO
- ACCESIBILIDAD
- ESTRATIFICACIÓN FUNCIONAL
- MANTENIMIENTO

Staff

UNPE: Universidad
Pedagógica Nacional

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D'Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera